

Narrativas de identidad: Ética, historia y cultura.

Jorge Bracho
Instituto Pedagógico de Caracas (Venezuela)
Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela)
jbrachom@ucab.edu.ve
ORCID: 0000-0002-4633-4247

Resumen:

Las líneas siguientes tienen el propósito de poner en evidencia el uso del concepto de identidad e identidad nacional. Igualmente, establecer su relación con la cultura, la memoria y la historia. Se trata de un asunto de crucial importancia porque el uso actual de ellas se relaciona con proyectos políticos, de distintos matices, y con las cuales se pretende anclar modos de ser equivalentes a atributos o especificidades invariables. Lo importante de esta cuestión estriba en un uso combinado con la ética y la responsabilidad como aspiración.

Palabras clave: identidad, memoria, historia, narrativa, responsabilidad.

Narratives of Identity: Ethics, History and Culture.

Abstract

The following lines have the purpose of highlighting the use of the concept of identity and national identity. Likewise, to establish their relationship with culture, memory and history. This is a matter of crucial importance because the current use of them is related to political projects, of different shades, and with which it is intended to anchor ways of being equivalent to unchanging attributes or specificities. The importance of this issue lies in a use combined with ethics and responsibility as an aspiration.

Key Words: identity, memory, history, narrative, responsibility.

Récits d'identité : éthique, histoire et culture.

Résumé

Les lignes qui suivent visent à mettre en évidence l'utilisation du concept d'identité et d'identité nationale. De même, il s'agit d'établir leur relation avec la culture, la mémoire et l'histoire. Il s'agit d'une question d'une importance cruciale car l'utilisation actuelle de ces concepts est liée à des projets politiques, avec différentes nuances, et avec lesquels on veut ancrer des manières d'être équivalentes à des attributs ou à des spécificités immuables. L'importance de cette question réside dans une utilisation combinée avec l'éthique et la responsabilité en tant qu'aspiration.

Mots-clés : identité, mémoire, histoire, récit, responsabilité.

Narrativas de identidade: ética, história e cultura.

Resumo:

As linhas que se seguem têm como objetivo destacar a utilização do conceito de identidade e de identidade nacional. De igual modo, estabelecer a sua relação com a cultura, a memória e a história. Trata-se de uma questão de crucial importância porque o uso corrente destes conceitos está relacionado com projectos políticos, com diferentes matizes, e com os quais se pretende ancorar formas de ser equivalentes a atributos ou especificidades imutáveis. A importância desta questão reside num uso combinado com a ética e a responsabilidade como aspiração.

Palavras-chave: identidade, memória, história, narrativa, responsabilidade.

1.- Introducción.

Uno de los componentes axiales de la fundación nacional y su sustento cultural se despliega con la contemporánea noción de identidad. Por tal razón resulta de gran importancia analizarla para interpretar el uso empleado por parte de elites políticas y culturales con objetivos legitimadores de proyectos políticos. Por esto la importancia de una aproximación demostrar a la muy recurrida identidad nacional como un medio para imponer creencias y valores culturales sustentados en un origen puro y autónomo.

En ningún caso tengo interés en demostrar que un concepto basado en análisis científicos sea mal empleado. Al contrario, es imprescindible modulaciones conceptuales con intenciones políticas y culturales. De ahí la importancia de asumir, en tanto analistas de lo social, acercamientos conceptuales y la utilización de sus contenidos en equivalencia con la ética y la responsabilidad. En fin, intentar una proximidad a la idea de identidad nacional requiere de la historia cultural en equivalencia con la historia conceptual, junto con elaboraciones teóricas provenientes de la antropología, la sociología y la filosofía. Esa es la apuesta en esta ocasión.

2.- Entre identidad y cultura.

En primera instancia, es necesario asociar el concepto de identidad, en el ámbito de las ciencias sociales, con los debates estructurados alrededor del concepto de raza. Durante los primeros cincuenta años del siglo XX, el concepto de raza fue utilizado en la esfera cultural para referirse a grupos con características hereditarias comunes dentro de los cuales se subdividen algunas especies animales. Sin embargo, desde la década de 1940, los científicos evolucionistas rechazaron el concepto de raza, basados en la idea según la cual un número finito de características esenciales pudieran ser utilizadas para determinar el número de grupos o tipos humanos. Aunque el americanismo español de finales del 1800 e inicios del 1900 utilizó este concepto bajo un eminente sentido cultural, "... alejado del racismo pseudocientífico de la segunda parte del siglo XIX..."¹.

El concepto de raza fue rechazado por la comunidad científica por varias razones. Primero, porque la ciencia ha establecido que la raza carece de fundamento genético o científico. Es sobre todo una etiqueta

¹ Isidro Sepúlveda. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, (Madrid: Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos - Marcial Pons, 2005): 188.

artificial utilizada para definir y separar a través del racismo. En segundo lugar, en el curso de la historia, nadie ha podido establecer cuántas razas humanas hay y cuáles son las existentes. Además, la creación de una jerarquía de razas fue favorecida por el contexto histórico del colonialismo y la esclavitud.

Por otra parte, es necesario un examen científico del concepto de identidad basado en su uso por encima de cualquier otra consideración. Ello es así porque, por lo general, apunta a una forma de ser natural de agrupaciones humanas que ocupan un territorio y desde allí establecer contrastes y diferencias con un otro. Claude Lévi – Strauss fue quien, en la década del cincuenta del 1900, propuso que el concepto de identidad se relacionaba con una especie de lugar virtual al cual se hacía referencia sin tener, necesariamente, un correlato manifiesto en el mundo de los hechos brutos². De una vez es necesario advertir que identidad no es cultura aunque el uso, por parte de distintos analistas de lo social, muestra esta tesitura. La identidad guarda relación con la cultura porque apela a ella en búsqueda de referentes de identificación. De igual modo, lo asumido como identidad puede ejercer un fuerte impacto sobre los valores culturales arraigados. En consecuencia, la esfera cultural funciona de acuerdo con su propia dinámica y de manera inconsciente, mientras la identidad es una configuración social y cultural forjada.

Ahora bien, hacer referencia a la identidad nacional conlleva nación, nacionalismo y patria, así como historia y memoria. Con el concepto de identidad nacional se pretendió hacer referencia a un sentimiento de pertenencia, en contraste con el de cultura. Se trata también de una categoría de análisis con la cual establecer un conjunto de representaciones cuyo propósito es el de fijar en las mentalidades de los actores sociales referentes de identificación con el lugar de origen o el territorio donde se habita. La idea de lugar virtual guarda relación con el forjamiento, con la configuración forzada, mientras la cultura se ha relacionado con un sistema de concepciones expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales las personas se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento sobre las actitudes frente a la existencia cotidiana³. La identidad, en cambio, aplica para algunos contenidos de la cultura y con ellos fijar elementos cohesionadores y de funcionalidad social.

De acuerdo con lo expresado, creo necesario hacer referencia a uno de los especialistas quien dedicó una gran porción de su vida al estudio del nacionalismo y la nación. Anthony D. Smith fue un sociólogo y profesor emérito de nacionalismo y etnicidad en la *London School of Economics*, y se considera

² Véase: Claude Lévi – Strauss. *Raza y cultura*, (Barcelona: Editorial Cátedra): 39-53.

³ Clifford Geertz. *La interpretación de las culturas*, (Madrid: Editorial Gedisa, 1997): 171-202.

uno de los fundadores del campo de estudio interdisciplinario del nacionalismo. El planteamiento sobre el nacionalismo de Smith se orientó a partir del etno-simbolismo, un híbrido entre el primordialismo y el modernismo. Una de sus más conocidas contribuciones en este campo de estudio es la distinción entre nacionalismo étnico y cívico. Smith defendió la tesis según la cual muchas naciones tienen un origen premoderno, la etnia, enfoque contrario a los *modernistas*. No obstante, advirtió que no eran naciones, pues el nacionalismo es un fenómeno estrictamente moderno como también lo son las naciones. Tampoco una etnia conduce necesariamente a una nación, pues incluso una misma nación puede incluir a varias comunidades culturales. La etnia y la nación no se identifican, pero mantienen un vínculo constitutivo e histórico.

Según sus consideraciones la identidad nacional permite a los integrantes de una comunidad política experimentar sensaciones y sentimientos en condiciones de igualdad. Esto se alcanza según un marco legal y jurídico, acompañado de valores y tradiciones arraigadas en una comunidad originaria. En consecuencia,

“... es preciso que las naciones tengan una cierta dosis de cultura colectiva y una ideología cívica, una serie de suposiciones y aspiraciones, sentimientos e ideas compartidas que mantengan unidos a sus habitantes en su tierra natal. La tarea de asegurar que exista una cultura de masas, pública y común, queda en manos de los agentes de socialización popular, principalmente el sistema público de educación y los medios de comunicación...”⁴

Una de las características fundamentales de la identidad nacional se relaciona con un territorio o patria, recuerdos históricos y mitos compartidos, una cultura de masas pública y común para todos los integrantes de la comunidad nacional, deberes y derechos legales iguales para todos (como la ficción del pueblo soberano), así como una estructura económica unificada. Por tanto, una definición de la identidad nacional podría ser la de una agrupación humana designada por un gentilicio y que comparte un territorio histórico, recuerdos históricos y mitos colectivos, una cultura pública, una economía unificada y un marco legal igual para todos sus miembros. Asimismo, ella no puede ser reducida a un solo elemento y representa un lazo cultural y político, porque une en una comunidad política a quienes comparten una cultura y un suelo patrio histórico.

⁴ Anthony D. Smith. *La identidad nacional*, (Madrid: Trama Editorial, 1997): 10.

Según Smith se puede hablar de dos conceptos de nación. Una, la cívica y, otra, la étnica, cuya utilidad es la de servir de modelo para el examen del tipo de identidad a extender. Entre los elementos del modelo étnico se enfatiza en el linaje o presunto linaje y no en el territorio ocupado por las personas integrantes de una comunidad nacional. De igual manera, esta concepción recurre a unas supuestas raíces comunes, así como a la idea de pueblo para demostrar el convencimiento de una voluntad común. Mientras que en el modelo cívico se privilegia a una comunidad política sometida a las mismas leyes e instituciones.

En el caso de la versión étnica sus propulsores prestan gran atención al género con el que se busca la asociación con otras identidades, y con ello inspirar una conciencia y acción colectivas. Igual se puede considerar con la elección territorial, aunque ambas son engañosas. Una, porque la diversidad y la pluralidad de expresiones de género sexual y cultural suelen ser multidimensionales, al igual que la territorial porque la movilidad poblacional puede derivar en nuevas estructuraciones locales debido a fragmentaciones por diversos motivos. De manera similar acontece con la cohesión desde el ámbito socio económico a partir de una clase social, disposición de escaso calado porque no despertaría mayor estímulo en términos emotivos y culturales. Práctica poco enternecedora frente a los valores culturales, el linaje y la herencia genética. Tal como se puede corroborar en Venezuela desde el año 2011 y la imposición del afrodescendiente como baluarte de la identidad venezolana⁵. Si se examina el uso extendido y generalizado del concepto Identidad Nacional será posible observar las modulaciones de un concepto científico el cual indica pertenencia, cohesión y funcionalidad social.

3. Inflexiones

Durante la década de los ochenta del 1900, en Venezuela, surgieron un conjunto de debates orientados en la búsqueda de la identidad del venezolano. Como ejemplo, en este orden, recordaré un opúsculo firmado por el poeta venezolano Armando Rojas Guardia (1949-2020). Breve texto escogido como referencia para desplegar la idea de identidad nacional del venezolano. Tanto así que recientes textos, relacionados con esta cuestión, aún lo consideran un escrito de reseña obligatoria, tal como lo demostró Luis Brito García en *El Verdadero venezolano. Mapa de la identidad nacional* cuya primera edición se realizó en el año 2017.

⁵ El mejor ejemplo de esta disposición se puede apreciar en uno de los textos de la Colección Bicentenario. Véase: Maylin Bermúdez S. y Nohemí Frías D. *Patria y ciudadanía*, (Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Educación, 2012).

Bajo el título *Identidad venezolana*, Rojas Guardia en el año 1980 recogió versiones de historiadores, antropólogos, sociólogos y escritores provenientes del ámbito de la narrativa de ficción para presentar una suerte de sinopsis esquemática de lo relacionado, hasta el momento, con la identidad nacional. Un somero examen sobre su contenido permitiría destacar algunos aspectos sumados a este concepto. Entre ellos se encuentran la idea según la cual ella guarda estrecha relación con una especificidad o atributo de un perfil y forma de ser dentro de un espacio territorial en el que se ha extendido el convencimiento de ser distintos. De esta configuración se deriva la existencia de una impronta, raíz o esencia ocurrida como sustento de la identidad nacional.

Lo así considerado guarda estrecha relación con una condición nacional y un modo distintivo de ser, cuyos atributos son una idiosincrasia nacional y una forma de ser única, así como definitoria de ella. De tal modo, se puede reconocer y reconocerse dentro de las denominadas relaciones sociales primarias, es decir, el primigenio espacio donde se refuerzan y transmiten valores y tradiciones. En el interior de este marco la persistente idea desplegada sobre la identidad se consolidó bajo la creencia de que el venezolano mostraba debilidad como personalidad colectiva o, simplemente, carecía de identidad⁶.

A decir verdad, ya para finales de los años sesenta del 1900 se presentaron estudios cercanos a explicaciones sobre la *falta de compromiso* del venezolano, tal como lo puso en evidencia Agustín Silva Michelena⁷. Lo propio continuó siendo una preocupación de algunos analistas de lo social como el caso de la psicóloga Maritza Montero. De igual manera, es conocido que para la década del 70 se había establecido como lectura obligatoria, en la educación secundaria, el cuento de Julio Garmendia titulado *Manzanita*, el cual pretendía ofrecer un modelo para el fortalecimiento de la autoestima del venezolano.

Montero propuso la tesis según la cual el venezolano no tenía una identidad nacional definida. Igualmente, según su convencimiento, el venezolano se encontraba en una situación de ensimismamiento sumada a la idea de identidad negativa. De acuerdo con su argumentación con esta última se había forjado una representación mediatizada por la ideología dominante proveniente de los aparatos ideológicos del Estado. De esta manera aseveró,

⁶ Armando Rojas Guardia, *Identidad venezolana. Cursos de formación socio – política*, (Caracas: Centro Gumilla, 1980): números 23-24.

⁷ Agustín Silva Michelena. *Crisis de la democracia*, (Caracas: Universidad Central de Venezuela - Cendes, 1970): 179-233.

“... Hay una conciencia nacional definida, una conciencia en sí, a pesar de lo que sostienen los partidarios de su inexistencia, pero ella no llega todavía al estadio de la definición de un proyecto nacionalista, estando deformada por la ideología dominante”⁸.

Montero no dejó de mostrar su inconformidad frente al concepto de identidad propuesto por Levi – Strauss. Ella se encargó de ofrecer un concepto poniendo de manifiesto “... el conjunto de significaciones y representaciones *relativamente* permanentes a través del tiempo que permiten a los miembros de un grupo social que comparten una historia y un territorio común, así como otros elementos socioculturales...”⁹.

No obstante, advirtió que la identidad se caracterizaba por ser un proceso cambiante, “... guardando siempre un núcleo fundamental que permite el reconocimiento del sí mismo colectivo...”¹⁰. De acuerdo con la misma autora la conciencia de la nacionalidad se configuró de manera negativa. Disposición surgida de la dialéctica a partir de la autopercepción como americanos españoles a la de colombianos y luego la necesidad de reconocerse como venezolanos frente a la de españoles o de colombianos. Así, consideró que la definición de la *venezolanidad* careció de la solidez evidenciada entre peruanos y mexicanos, basada en el indigenismo. Para Montero este proceso demostraba la carencia de una conciencia para sí colectiva, es decir, una actuación independiente en el contexto del proceder social y cultural.

En este orden, es dable asegurar la existencia de un convencimiento de que la identidad del venezolano era *débil y tenue*. Desde la antropología social se había divulgado años antes que los rasgos objetivos de la identidad entre los venezolanos y la conciencia acerca de ellos era exigua y grácil. De acuerdo con Rafael Carías éstas se podían constatar al observar la hipervaloración de objetos y realizaciones foráneas. “... Su mimetismo y apertura valorativa hacia lo de afuera es prueba de ello...”¹¹. Disposición que entre analistas sociales llegaron a asociar con alienación y dependencia cultural¹².

⁸ Maritza Montero. *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*, 4ª edición, (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1997): 84.

⁹ Maritza Montero. *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*, 4ª edición, (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1997): 76. (Cursivas en el original).

¹⁰ Maritza Montero. *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*, 4ª edición, (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1997): 77.

¹¹ Rafael Carías. *¿Quiénes somos los venezolanos?*, (Caracas: Ediciones ISSFE, 1982): 3.

¹² Un ejemplo entre varios en: Alfredo Chacón et al, *Cultura y dependencia. Ocho ensayos latinoamericanos*, (Caracas: Monte Ávila Editores, 1975).

Un examen similar se puede confirmar en los escritos del antropólogo Esteban Emilio Mosonyi. En este caso la asociación se extendió para con otros pueblos del orbe en lo que respecta a la visión negativa del pasado. En sus términos estableció "... El hombre venezolano y latinoamericano, en general, reniega de sus orígenes y desprecia no solamente al indio y al negro, sino en cierta forma, al propio conquistador hispano, como una expresión inferior de europeidad..."¹³. Argumentación utilizada por él para calificar a los intelectuales latinoamericanos como personas acomplejadas y mentalmente colonizadas.

En consecuencia, se puede alcanzar una conclusión frente a la consideración según la cual la debilidad identitaria provenía del modo de acumulación capitalista y sus inherencias. La acusación de mayor relieve su asoció con su disposición homogeneizadora, representada en estructuras estatales de talante clasista y que por tal motivo erradicaba las expresiones *naturales* de los distintos grupos étnicos, en especial, los indígenas y los descendientes de africanos.

Quizá la explicación más plausible, en este orden de argumentaciones, sea la querrela alrededor de la representación del mestizo como figuración emblemática de la nacionalidad. Representación impugnada junto con la oposición al colonialismo y la homogenización cultural, por parte de quienes asumen la identidad como expresión substancial o raíz originaria. Se trata de exponer que la identidad venezolana se encontraba en gestación, así como la necesidad de enfrentar los componentes occidentalizantes porque *anulaban* las especificidades étnicas, regionales y locales. Resulta ser una disposición arraigada para demostrar el temor a lo nuevo y un déficit de adaptación ante la mundialización cultural y la universalidad.

En fin, el concepto de identidad nacional, en uso, tal como lo afirmó Axel Capriles, parece apuntar a un enlace narrativo que circunda y proporciona un sentido de continuidad a una gran variedad de identidades de distinto origen. Así, los discursos iniciales con los que se pretendió establecer una forma de ser, especificidades y atributos de los pueblos tuvieron como impronta la determinación del medio físico y las doctrinas del factor étnico. Fueron conceptos que, desde, aproximadamente finales del 1700, tuvieron como matriz los conceptos de alma nacional, espíritu de un pueblo y carácter nacional. Conceptos enmarcados en una visión esencialista de las comunidades nacionales. Los principios y base de estos conceptos han sustentado la intolerancia y el sectarismo. Ambas apoyadas en una supuesta pureza moral o

¹³ Esteban Emilio Mosonyi. *Identidad nacional y culturas populares*, (Caracas: Editorial La Enseñanza Viva, 1982): 170.

étnica. En consecuencia, se trata de un modelo de ficción que “... resume un número impreciso de rasgos, por lo común bastante difusos, que creemos caracterizan mayormente al grupo...”¹⁴.

4. De la memoria, la identidad y la historia.

Inicialmente, resulta indispensable advertir lo siguiente, al establecerse una base común de recuerdos, mediados por una interacción social para fijarlos, ordenarlos jerárquicamente y poder evocarlos, la memoria colectiva sirve de sustento para la cohesión y la recreación de referentes de identificación social y cultural. Con ella es posible representar lo sucedido reafirmado con la mediación de diferentes dispositivos. En consecuencia, es lo que queda de lo acaecido en la vivencia de los grupos, o lo que estos grupos hacen con lo ocurrido.

Durante el 1900 la memoria pasó a ser un objeto de estudio, así como un recurso social, cultural y político. Entre la comunidad de los historiadores no había despertado mayor interés antes de la década del treinta en el siglo XX. Aunque no era historiador, pero si cercano a ellos, Maurice Halbwachs fue quien se encargó de dar vida a la memoria como un concepto social en *Marcos sociales de la memoria* (1924). A partir de las ideas esbozadas por este discípulo de Emile Durkheim y vinculado con Henri Bergson, desarrolló una tesis sobre la memoria como un fenómeno social, asunto esbozado por Halbwachs en *Memoria colectiva* (1925). Ambos textos sirvieron de base para examinarla desde una perspectiva no sólo individual sino social, y cuyo propósito se había asociado, entre el 1700 y una porción del 1900, con almacenar informaciones inútiles para la creación o el genio.

Lo cierto del caso, tal como lo afirmó Paolo Montesperelli, la memoria, en especial a mediados del siglo XX, se convirtió en un objeto de estudio de prominente importancia entre los historiadores y distintos analistas de las ciencias sociales. Por tanto, resulta importante detenernos un instante en la sinopsis presentada por este sociólogo italiano. Con ella es posible constatar las implicaciones de la memoria, sus límites y lo que a partir de ella se puede verificar como un recurso con diversos matices de uso.

¹⁴ Axel Capriles. *Las fantasías de Juan Bimba. Mitos que nos dominan, estereotipos que nos confunden*, (Caracas: Editorial Santillana, 2011): 19.

Entre las distintas asociaciones propuestas por él acerca de la memoria resulta ser un patrimonio desplegado con objetos perceptibles, compuesta de narraciones, documentos y archivos. De igual modo, guarda relación con el uso de estos recursos para legitimar acciones contemporáneas. Si existe coincidencia entre quienes se han dedicado a examinar las propuestas de Halbwachs están orientadas en que la memoria forma parte de cruces e integración de diversas memorias, es decir, la conjunción o suma de memorias o memoria colectiva. La más común de las asociaciones se presenta con la de acumulación de información, reservorio o depósito de información como bibliotecas y libros, así como el uso frecuente de distintos mecanismos con los cuales se activa el recuerdo entre los actores sociales. Así, la memoria colectiva es el conocimiento de la historia común entre los integrantes de un conjunto social, nación o país. Resulta ser un aspecto fundamental para la identificación socio – cultural.

Por otro lado, en lo concerniente a la memoria histórica ella indica recuerdos, rememoraciones y evocaciones que admiten leyendas en combinación con mitos. Recurre al pasado de una entidad particular, territorial, local, regional o nacional. Su asociación con la identidad equivale a la creación y divulgación de referentes, reales o imaginarios acerca de esas entidades, a las que se puede agregar grupos étnicos, culturales y de género. Por tanto, la memoria y su uso equivale a sentimientos, juicios, por lo general sin un correlato, por ello devienen estereotipos. Resulta de gran importancia porque sirve como herramienta de identificación grupal, identificación cultural y que para alcanzar este cometido simplifica la historia para utilizarla como arma entre grupos querellantes¹⁵.

Como objeto de estudio, la memoria se ha convertido en un concepto bajo disputa, en especial por la polisemia ganada. Peter Burke ha puesto de relieve la tesis según la cual la memoria resulta de una yuxtaposición de situaciones, acciones, experiencias, actores, procesos que se juntan con el duelo, sucesos familiares, búsqueda de un origen y de autenticidad, efemérides, evocaciones personales y nacionales o recuerdos particulares. Así, el acontecer puede ser rememorado bajo el manto del mito, no en el sentido cientificista que asocia este último ya sea con precedente del pensamiento científico o un pensamiento inexacto. Quizá lo mejor sea su asociación con un sistema cultural (al estilo de las propuestas de Geertz) por ser la historia la encargada de rescatar situaciones significativas.

¹⁵ Paolo Montesperelli, *Sociología de la memoria*, (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2004): 11-27.

La denominación *mitogénesis*, según Burke, indica el proceso derivado del paso de un villano a un héroe. De acuerdo con su percepción se presenta de manera consciente o inconsciente gracias a una coincidencia en algunos aspectos entre un individuo determinado y un estereotipo contemporáneo. El tránsito de uno a otro se presenta con gobernantes, santos, bandidos o brujas. Resulta una coincidencia que cautiva a la imaginación de las personas y se fraguan historias acerca de los individuos, en un inicio orales¹⁶. Cuyo mejor ejemplo fue el libro de Eric Hobsbawm, originalmente publicado durante 1962, titulado *Bandidos*¹⁷.

Desde otra perspectiva, en el mundo contemporáneo los medios de difusión a través de las industrias culturales se han convertido en dispositivos de gran importancia en el despliegue de asuntos propios de la memoria, en combinación con lo que se tiene como historia. Bajo estos dispositivos se debe agregar que tanto los recuerdos como la historia misma se nutren de la tradición oral y de aspectos simbólicos ofrecidos por el relato histórico gracias a las representaciones acerca de lo ocurrido. Es muy sintomático, a propósito de la memoria y la historia narrada, lo indicado por Ricoeur sobre el recuerdo y el olvido. Para este filósofo francés la memoria tenía como cualidad una espesura matricial. No se trata, por supuesto, de lo que le precedió y le sucedió. Se trata de reconocer a la memoria como un objeto de estudio, pero también como una fuente entre otras sujeta a la crítica.

Lo sugerido por Ricoeur es que la memoria guarda estrecha relación con recuerdos del acaecer y con los orígenes de las sociedades humanas. Sin embargo, la memoria como capacidad mnémica resulta del conocimiento por medio de la memoria feliz. En este orden, propuso una equidistancia entre el recuerdo y el olvido. Se trata de enfrentar las manipulaciones y abusos de la memoria, ya lo sea por los mecanismos ideológicos impuestos con el olvido o por las conmemoraciones legitimadas que imponen el recuerdo. En fin, Ricoeur restituye la memoria como punto nodal e inicial de la historia¹⁸.

Vista, así las cosas, la denominación *memoria de los pueblos* se concatena con el patrimonio. Pero lo que se tiene como tal pasa por el tamiz ideológico, marcado por intereses de variada textura. Así, imágenes, pinturas, fotografías, junto con monumentos conmemorativos ya sean lápidas, estatuas o medallas se constituyen en componentes esenciales de la memoria histórica, y en torno a las cuales se practican de

¹⁶ Peter Burke, *Formas de historia cultural*, (Madrid: Alianza Editorial, 2006): 65-76.

¹⁷ Eric Hobsbawm, *Bandidos*, (Barcelona: Editorial Crítica, 2001).

¹⁸ Paul Ricoeur, *La historia, la memoria, el olvido*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2004): 40-66.

modo recurrente rituales conmemorativos y fastuosos. Aunque deben ser aceptados como recuerdos de la comunidad nacional, no se debe dejar a un lado que con ellos se imponen determinadas interpretaciones del pasado cuyo mayor ejemplo se relaciona con la imagen de los próceres de la patria.

En tal sentido, los mitos recurrentes anclados con los padres fundadores de la nacionalidad y el propósito que se atribuye a los héroes se constituyen en referentes con los cuales se muestra la sensación de simultaneidad y cualidades compartidas por los integrantes de la comunidad nacional. Resulta espurio decir que en Venezuela la identidad nacional no existe porque por medio de la figura heroica se ha logrado consolidar una mentalidad de pertenencia por medio de figuras que participaron en la guerra de Independencia. Mitos a partir de los cuales se dejan sin efecto las diferencias existentes entre el pasado y el presente. Con ello los efectos no deseados o las consecuencias no intencionales, al decir de Burke, son convertidas en propósitos y objetivos conscientes, "... como si el principal propósito de estos héroes del pasado hubiera sido producir el presente – nuestro presente"¹⁹.

El camino trazado por la historia y por parte de quienes elaboran configuraciones, alrededor de lo acaecido, desde el momento mismo de haberse establecido como una disciplina científica, han propalado la idea según la cual en el pasado se encuentran las causas discernibles que han producido el presente. Asunto que tiene en la práctica su razón de ser con los ritos, ya lo sean con los de iniciación cívica o lo sean en torno a la fundación de la nacionalidad, junto con las conmemoraciones y celebraciones de acontecimientos tenidos como de tipo fundacional. Del mismo modo, suele guardar relación con un nuevo inicio el cual es de carácter recurrente con la mediación de conmemoraciones y celebraciones en el ámbito político. Lo que lleva a concluir que no se puede hablar del inicio porque todo inicio lleva la impronta de acciones representadas como acto de fundación y comienzo de un nuevo período.

En este orden, Marc Augé escribió que un rito era equivalente a zarpar o partir de un lugar. El mismo lleva a pensar en los preparativos de "... una partida que se organiza se perfila, requiere tiempo..."²⁰. Por lo general, el rito está emparentado con el viaje, en el sentido de un alejamiento. El rito también se convierte en un aspecto relevante porque reafirma una autenticidad y la ruptura con toda orfandad. En conjunto con los mitos originarios y fundacionales se despliega una historia. Una de las disposiciones de mayor fuerza para arraigar estos mitos se logra con el control de la memoria. Ésta no solo

¹⁹ Peter Burke. *Formas de historia cultural*, (Madrid: Alianza editorial, 2006): 84.

²⁰ Marc Augé. *Las formas del olvido*, (Madrid: Editorial Gedisa, 1998): 99.

es propia de formas de gobierno totalitarias. Lo es, de igual manera, de gobiernos sedientos de gloria. Por esto Todorov propuso que había que estar atentos a los elogios incondicionales de la memoria.

En este sentido, este mismo analista advirtió que los retos de la memoria eran demasiado grandes para confiarlos al entusiasmo o a la cólera. Esto lo advirtió porque la pretensión de elites políticas y culturales era la de posicionarse en un lugar o estatuto de víctimas, porque al haber sido víctima, por sí misma, daba derecho al reclamo, a la queja y la protesta. Por tal motivo, Todorov concluyó que una de las tareas del historiador se centraba en el encuentro del bien y no del establecimiento de una verdad sustentada en el oprobio²¹.

Por otro lado, el mejor antídoto para enfrentar los mitos fundacionales se encuentra en los variados registros del pasado que se intentan desarraigar de la memoria colectiva. El pasado que se intenta desarraigar, por embarazoso o molesto, por alguna razón debe ser restituido con su recuerdo. Con éste se podría liberar a las personas de la peligrosa ilusión de que el pasado ha sido o es una confrontación entre héroes y malvados, entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto. La memoria, su evocación o el esfuerzo de la memoria o la rememoración son de importancia nodal en este orden. El mito *per se* no resulta pernicioso sino cuando sirve a intereses específicos de las elites gubernamentales. “... No hay que despreciar los mitos, pero tampoco es recomendable leerlo literalmente. La escritura y la imprenta favorecen así la resistencia de la memoria a la manipulación”²².

En Venezuela, por ejemplo, se impuso una forma de legitimidad, alrededor de la Revolución Bolivariana, con la aceptación de un código cultural arraigado y con el cual se creó cierto consenso que ha logrado mantener un grado de estabilidad política. Un uso de lo acaecido con la mediación heroica arraigado en las mentalidades la idea según la cual con el presidente electo en 1998 había cristalizado un propósito interrumpido con el derrumbe de la República de Colombia. La narrativa desplegada a su alrededor entronca con la unidad continental, la lucha contra el colonialismo, la recuperación de la soberanía y la independencia.

En consecuencia, resulta imprescindible un avenimiento, la historia se expresa por distintas vías, métodos y conceptos. Quizás, lo importante se relaciona con la responsabilidad tanto frente a lo

²¹ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, (Barcelona: Editorial Paidós, 2000): 13-14.

²² Peter Burke, *Formas de historia cultural*, (Madrid: Alianza Editorial, 2006): 84-85.

desplegado como historia y lo asumido como expectativa a desarrollar. La responsabilidad de haber convertido la memoria en una narrativa abarcadora, meta histórica y teológica ha sido obra de las vivencias nostálgicas y conservadoras del patriotismo, es decir, el culto y la sacralización de los lugares de la memoria, por el excesivo uso de monumentos fetichizados, junto con una identidad nacional atenazada y susceptible de perder. Quizá la manipulación de la memoria esté orientada no sólo con fines de legitimación política, también es susceptible de análisis los temores inveterados de perder lo asumido como una propiedad en términos culturales. Aunque ello no justifica la manipulación del recuerdo o del olvido programado basado en un etnocentrismo difícil de sustentar teóricamente. Por tanto, es necesario hacer referencia al papel y la responsabilidad del analista social.

5. La responsabilidad y el lugar del historiador. A modo de conclusión.

A propósito de la responsabilidad, Hannah Arendt señaló que la responsabilidad política estriba en que todo gobierno tiene como deber asumir los actos buenos y malos de su predecesor. En lo atinente a la responsabilidad en el interior de las comunidades nacionales, cada generación, por el hecho de haber nacido dentro de un continuo histórico, debía cargar con los pecados de los padres en la misma medida del beneficio obtenido de sus antecesores²³.

Por su parte, Manuel Cruz dejó asentado que luego de 1989 el concepto de responsabilidad adquirió mayor notoriedad y con él la posibilidad de construir un mundo diferente al experimentado. Cruz lo asoció con el declive de las grandes utopías de la era moderna. En este sentido, hizo referencia al declive de las izquierdas extendido en conjunto con el fin del *fordismo* y la descentración de los poderes industriales. Se presentó en combinación con la disgregación del denominado trabajo flexible. En consecuencia, la conclusión de este catalán fue que los grupos adscritos a favor de un nuevo orden de cosas perdieron sus referentes de identificación políticos, sociales y culturales. La consecuencia más visible de esta disposición ha sido la de la sobrevaloración o refugio en el pasado, así como la restitución de las comunidades originarias por medio del esencialismo cultural devenido identidad²⁴.

Bajo este marco, se puede argüir junto con señalamientos de Enzo Traverso que el siglo XIX emergió con la impronta revolucionaria. Las utopías contemporáneas se alimentaron de una idea de Revolución, ya no como rotación astronómica, sino como cambio y transformación orientados a fundar

²³ Hannah Arendt, *Responsabilidad y juicio*, (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2007): 49-74.

²⁴ Manuel Cruz, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, (Barcelona: Editorial Anagrama, 2005): 58-86.

un nuevo orden. Los legatarios de las revoluciones de las trece Colonias del Norte como de la Francesa asumieron que el cálculo del tiempo era posible a través de proyectos políticos sustentados en los valores de libertad, justicia e igualdad liberales. En cambio, durante el 1900, y como corolario de la Primera Guerra, se inició con un movimiento de masas cuyo prístino objetivo era erradicar un orden dinástico y la construcción de una nueva experiencia humana marcada por el progreso.

Durante la década del cincuenta del 1900 el modelo político a seguir fue el de la revolución socialista. Sin embargo, la cara más visible de los movimientos políticos progresistas que siguieron a la Revolución rusa no tuvo empacho en mostrar sus inclinaciones autoritarias y totalitarias. Ya para 1989 la utopía de la igualdad distributiva parecía haber alcanzado el colapso, "... durante su naufragio, el régimen soviético efectivamente enterró con él las utopías que habían acompañado su desarrollo y, en parte, su historia"²⁵.

Sin embargo, como suele suceder cuando algunos analistas desean mostrar el rumbo que puede tomar el mundo luego de colapsos en la historia, parecen exagerados en sus aseveraciones. A pesar de contar con información valiosa, como la aportada con el colapso del comunismo soviético, las intenciones de desplegar experiencias políticas similares a las extendidas con la revolución rusa continúan siendo un referente importante para aquellos impugnadores del orden establecido. No me siento en capacidad de responder ni de ahondar en el porqué de esta recurrente disposición entre algunas elites políticas y culturales que se asumen representantes progresistas durante el momento actual, así como adalides de una nueva forma de organización social. Pero si de mostrar una disposición consciente por parte de quienes se asumen como el único liderazgo para la transformación social y la edificación de un nuevo orden de cosas a escala planetaria.

Una de las banderas de quienes se asumen como tal se expresa con la palabra libertad. Sin embargo, ella debe ser asociada, desde una perspectiva ética, con voluntad, ideología y responsabilidad. José Ramón Ayllón propuso una diferenciación entre libertad y responsabilidad la cual resulta útil para las reflexiones expuestas hasta ahora. De acuerdo con sus aseveraciones, libertad se encuentra relacionada con dirigir y dominar los actos propios, el autodomínio con el que las personas gobiernan sus acciones. La base de la libertad se encuentra en la voluntad y la acción voluntaria, a su vez, forma parte de una decisión

²⁵ Enzo Traverso. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, (México: Fondo de Cultura Económica, 2012): 288-289.

interna de las personas. Aunque una persona esté privada de moverse conserva la libertad psicológica. De ahí el intento por parte de elites políticas y culturales de controlar el pensamiento de las personas. Sin embargo la libertad no implica ser totalmente independiente porque existen limitaciones morales y jurídicas al contener lo que se pretende frente a lo que se debe hacer. En consecuencia, si la libertad es poder de elección, la responsabilidad resulta de una actitud para dar cuenta de una elección²⁶.

Es desde este ámbito permisible una explicación del por qué el fracaso de proyectos políticos no ha servido de advertencia para la búsqueda de nuevos rumbos. Rumbos con propósitos marcados por la convivencia en la diversidad, la pluralidad y el respeto por el otro. Se debe tener claro que lo que un concepto designa no suele expresar lo que con su uso se extiende. Como lo he intentado indicar, en lo esbozado líneas antes, el uso de palabras y conceptos traspasa sus implicaciones originarias.

Una manera de comprender e interpretar esta disposición resulta de la visualización del grado de responsabilidad del analista, sin ser ajeno de la ética y lo a ella inherente. Quizá una explicación pueda tener correlato en la creencia según la cual deben tener cabida, en todo relato sobre lo ocurrido, el excluido histórico. Víctimas de la exclusión por la asunción de valores ilustrados y con la pretensión de ser superadas con las mismas disposiciones teóricas ilustradas, aún de arraigada presencia en el pensamiento del profano y del especialista en ciencias humanas.

Según Manuel Cruz, la responsabilidad del historiador es de gran importancia para entender lo sucedido y ofrecer un sentido a la experiencia colectiva. En su libro *Las malas pasadas del pasado* sustentó sus argumentos alrededor de los conceptos identidad, responsabilidad e historia y cómo ellos se relacionaban con la situación de las personas en el presente. Propuso que la identidad era una configuración social en la que todos debían formar parte de modo creativo y que la responsabilidad recaía en todos los integrantes de la comunidad nacional. Por otra parte, la memoria personal enmarcada en el intercambio social tiene la capacidad de seleccionar lo que vale o es valioso del pasado y con ella estructurar relatos que atraviesen el presente con vista hacia el futuro.

En términos generales, la responsabilidad del historiador o analista social resulta de su contribución en la comprensión e interpretación de lo acontecido y su contextualización en el presente. De ello se

²⁶ José Ramón Ayllón, *Luces en la caverna. Historia y fundamentos de la ética*, (Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2001): 181-189.

deriva que al ser la identidad una configuración social, la responsabilidad del historiador y del analista social es de gran relevancia en conjunto con la utilidad de la memoria para estar al servicio de la preparación de un futuro de inclusión y no, tal como ha sucedido hasta el momento, servir de eslabón para justificar el esencialismo étnico y la pureza moral obtenido de él. Y con lo que se han acompañado los presupuestos culturales y políticos de quienes se asumen como la representación del cambio y la transformación social.

7.- Referencias bibliográficas.

Arendt, Hannah. *Responsabilidad y juicio*. (Barcelona: Paidós Editorial Ibérica, 2007).

Augé, Marc. *Las formas del olvido*. (Madrid: Gedisa Editorial, 1998).

Ayllón, José Ramón. *Luces en la caverna. Historia y fundamentos de la ética*, (Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2001).

Bermúdez S, Mayling y Nohemí Frías D., *Patria y ciudadanía. Primer año. Nivel de Educación Media*. (Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Educación, 2012).

Bracho, Jorge. *El convencimiento imaginario de una realidad. Una mirada desde la Venezuela del siglo XXI*, (Caracas: Abediciones – UCAB, 2001).

Brito García, Luis. *El verdadero venezolano. Mapa de la identidad nacional*, 2ª edición, (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2018).

Burke, Peter. *Formas de Historia Cultural*, (Madrid: Alianza Editorial, 2006).

Capriles, Axel. *Las fantasías de Juan Bimba. Mitos que nos dominan, estereotipos que nos confunden*, (Caracas: Editorial Santillana, 2011).

Cariás, Rafael. *¿Quiénes somos los venezolanos?* (Caracas: Ediciones ISSFE, 1982).

Chacón, Alfredo y otros. *Cultura y dependencia. Ocho ensayos latinoamericanos*, (Caracas: Monte Ávila Editores, 1975).

Cruz, Manuel *¿A quién pertenece lo ocurrido? Acerca del sentido de la acción humana*, (Madrid: Santillana, Taurus, 1995).

Cruz, Manuel. *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, (Barcelona: Editorial Anagrama, 2005).

Garmendia, Julio, “Manzanita”, En: *Serie de Obras Literarias*, (Caracas: Editorial Romor, S/F): 105-115.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, (Madrid: Gedisa Editorial, 1997).

- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*, (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004).
- Halbwachs, Maurice. *Los marcos sociales de la memoria*, (Barcelona: Anthropos Editorial, 2012).
- Hobsbawm, Eric. *Bandidos*. (Barcelona: Editorial Crítica, 2001).
- Levi – Strauss, Claude. *Raza y Cultura*. (Barcelona: Ediciones Cátedra, 1986).
- Montero, Maritza. *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*, 4ª edición, UCV/ (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, 1997).
- Montesperelli, Paolo. *Sociología de la Memoria*, (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2004).
- Mosonyi, Esteban Emilio. *Identidad nacional y culturas populares*, (Caracas: Editorial La Enseñanza Viva. 1992).
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*, (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).
- Rojas Guardia, Armando. *Identidad venezolana. Cursos de Formación socio – política*, Caracas: Centro Gumilla, (1980). números 23-24.
- Sepúlveda, Isidro. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, (Madrid: Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos – Marcial Pons Historia, 2005).
- Silva Michelena, Agustín. *Crisis de la democracia*, (Caracas: UCV/CENDES, (1970).
- Smith, Anthony. *La identidad nacional*, (Caracas: Trama Editorial, 1997).
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. (Barcelona: Editorial Paidós, 2000).
- Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2012)